

NOTAS Y COMENTARIOS

LA FILOSOFIA IBEROAMERICANA EN LA OBRA DE ALAIN GUY

Antes de presentar el libro de Alain Guy sobre la filosofía iberoamericana *, es conveniente recordar que el profesor Guy, gran hispanista, es el fundador (1967) y director actual del *Centre de philosophie ibérique et ibéro-américaine* de la Universidad de Toulouse-Le Mirail y a quien la cultura de lengua castellana es deudora de una ingente obra de investigación, de comprensión y difusión. Su libro viene a sumarse —en Europa— a la obra de Sergio Sarti a la que habría que agregar (siempre y únicamente entre los europeos) los esfuerzos del egregio filósofo Michele F. Sciaccia (concretados en el tomo correspondiente de la Grande Antología Filosófica de la casa Marzorati), el libro de Ivo Höllhuber, los trabajos de Zdeněk Kourím, los del grupo dirigido por Eudaldo Forment en Barcelona. Asistimos pues —y el libro de Alain Guy lo confirma— a un comienzo firme del desarrollo de estudios serios sobre la filosofía iberoamericana, originados y realizados en y desde Europa.

Ante todo, tomamos nota de las simpáticas líneas introductorias del editor en las cuales se destaca que, mientras algunos aspectos de Iberoamérica son objeto de numerosas publicaciones europeas, los casi cinco siglos de historia de la filosofía han permanecido ignorados; precisamente este volumen de Guy es un panorama de esa historia: Libro, en verdad, meritísimo, que supone que Iberoamérica "no es en absoluto el pariente pobre de la cultura mundial" (p. XIV) como lo ha sido hasta no hace mucho tiempo la misma España moderna.

La obra se compone de tres partes: Una breve sobre los siglos XVI a XVII incluyendo los primeros años de la Independencia (40 pp., 1-41); otra también breve sobre el siglo XIX (33 pp., 45-78) y una extensa sobre el siglo XX (157 pp., 81-238) a lo que deben agregarse la conclusión (pp. 239-243), la bibliografía y los índices (pp. 245-285). La primera comienza por la venerable figura del tomista fray Alonso de la Vera Cruz, primer filósofo de América (1504-1584) y profesor de la Real Universidad de México; desfilan en estas páginas Tomás Mercado, Francisco Toledo y otros y, sobre todo, Antonio Rubio; José de Acosta en el Perú y Luis de Tejeda en la Argentina. El escotismo del chileno Alfonso Briseño, el suarismo, sobre todo de los profesores de Córdoba desde Juan de Albiz en adelante. En un neoplatonismo humanista sitúa a José Manuel Peramás de Córdoba y en la "apertura a la modernidad" a José de Aguilar, Nicolás de Olea, Pedro Peralta y Barmero y otros en el Perú, concentrando luego su atención en el cordobés Elías del Carmen Pereira y en el ecuatoriano Eugenio Espejo, no sin mencionar a los profesores del Real Colegio de San Carlos de Buenos Aires. Es una pena que no figuren Domingo Muriel y José Rufo, profesores de Córdoba y eximios pensadores. Claro es que, en obras de este tipo, estos vacíos se rán remediando poco a poco.

* *Panorama de la Philosophie Ibéro-américaine. Du XVI^e siècle à nos jours*, XVI+ 286 pp., Editions Patiño, Genève (Suisse), 1989.

Dedica en cambio cálidas páginas a Benito Díaz de Gamarra y Dávalos (1745-1783) en México (pp. 17-22) y a los primeros brasileños rebelados contra la "filosofía tradicional"; así deja el paso al sensualismo y a la Ideología, concentrando la atención en los ideólogos argentinos y, especialmente en el cubano José Cipriano de la Luz y Caballero. Guy nos sorprende cuando parece aceptar sin discusión alguna que los "educadores de la Independencia" fueron los iluministas y liberales y hasta llega a enumerar entre ellos a San Martín y al mismo Cornelio de Saavedra (pp. 30-31). Concluye dedicando hermosas páginas a la figura de don Andrés Bello (pp.32-41).

En el siglo XIX, estudia el movimiento romántico y el espiritualismo (Francisco Mont'Alverne, Domingo José Gonçalves de Magalhães, Ferreira França —todos brasileños—, Esteban Echeverría y el ecuatoriano Juan Montalvo); el positivismo cuyo epicentro fue Brasil, los positivistas chilenos, los argentinos (entre los que ubica también a Alberdi y Sarmiento) hasta José Ingenieros por un lado y el cubano Enrique Varona por otro, sin olvidar nombres de todos los países iberoamericanos. Se cierra el siglo XIX con un breve capítulo sobre los krausistas. Es una pena que no cite dos obras básicas: Ricaurte Soler, *El positivismo argentino*, Paidós, Bs. As., 1968, y Arturo A. Roig, *Los krausistas argentinos*, Cajica, Puebla, 1969.

Las páginas dedicadas al siglo XX informan al lector acerca del antipositivismo y los valores iberoamericanos (especialmente la figura de Juan Enrique Rodó); el kantismo (Rivarola, Korn y Larrojo); el ambiente bergsonian (Deús-tua, Alberini, Caso, Vasconcelos, Rougès, Molina, Fariás Brito, Pereira da Graça Aranha y el líder católico Jackson de Figueiredo); el racionalismo axiológico e historicista (Vaz Ferreira, Oribe, Pucciarelli, Reale); el orteguismo (en el cual entran generosamente Ramos, Zea, Abad Carretero, Ayala, Carrión); la fenomenología (Romero, Mayz Vallenilla, Frondizi, Massuh); el existencialismo (Astrada, M. A. Virasoro, Wagner de Reyna, Ferreira da Silva y muchos otros); el marxismo (Aníbal Ponce, Justo, Mariátegui y Haya de la Torre, Cruz Costa y diversos autores hasta el último Astrada); el empirismo lógico y la filosofía de las ciencias ocupa el breve capítulo XIV; el tomismo (presentando a Mons. Derisi como su máximo exponente y la simple mención de la primera época de N. de Anquín y J. Sepich, Quiles, Belaúnde, Aybar...); el espiritualismo agustiniano (Basabe, Farré y quien escribe ¹). Concluye con la filosofía "de la liberación" (Gutiérrez, Boff) pese a que el propio Guy reconoce que se trata, "ante todo, de una teología" (p. 230).

¹ Quizá sea conveniente formular una aclaración sobre mi ubicación dentro de un "espiritualismo agustiano", expresión un tanto vaga y genérica que no me incomoda en absoluto. Sin embargo, desde los comienzos de mi formación hasta hoy, nunca abandoné el tomismo. Lo que pasa es que a fines de la década del 50 y comienzos de la del 60, el personal ahondamiento en el tema de la interioridad agustiniana (que no he abandonado) por el evidente influjo de Sciacca, hizo pensar a algunos, erróneamente, que ya no era tomista al menos en sentido estricto. La verdad es que fue precisamente la profunda influencia del interiorismo agustiano, en nada opuesto al intelectualismo realista de Santo Tomás, el que me permitió ahondar, clarificar, comprender y progresar en la filosofía perenne del Angélico, sobre todo en relación con el immanentismo moderno y contemporáneo. De ahí mi "interiorismo realista". Recuerdo que un día de fines de octubre de 1979, inmediatamente después de la clausura del Primer Congreso Mundial de Filosofía Cristiana por mí organizado, el P. Victorino Rodríguez —el ilustre y querido discípulo del P. Santiago Ramírez (este último, para mí, el más grande tomista contemporáneo)— de visita en mi casa, me expresó: Hay algo que el P. Ramírez me dijo en su lecho de muerte y que usted debe saberlo: Para penetrar a fondo en el pensamiento de Santo Tomás, hay que pasar por San Agustín. Por mi parte, estoy convencido de ello. En ese sentido, no sin buen humor, se me podría señalar como un agustiniano tomista o un tomista agustiniano.

Como se comprenderá, estas líneas apenas son una imperfecta visión "panorámica" de este *panorama* de la historia de la filosofía en Iberoamérica que he leído con absoluta atención y simpatía. Me abstengo de señalar ausencias (que son muchas) y discrepancias de juicio (que también son muchas) para destacar los aspectos altamente positivos de este libro y porque el autor merece la benevolencia que pide al crítico ("Puisse-t-on accueillir mon effort avec bienveillance!"). Pero merece mucho más por su noble y abierta disposición de ánimo; por su enorme esfuerzo y simpatía que le han conducido a afirmar que entre un eurocentrismo injusto y antihistórico y un sudamericanismo cerrado, "existe, al parecer, una tercera vía: la de una filosofía original sin duda, propia de los países iberoamericanos, pero conservando el contacto con el conjunto de los dos hemisferios" (p. 241).

Alain Guy cree ver en la cultura iberoamericana —que detenta su propia originalidad (es claro que siempre relativa nunca absoluta)— tres rasgos fundamentales: extrema y vigilante atención a lo concreto y a lo real, el gusto por la libertad y una delicada sensibilidad estética (p. 242); por ello, "el viejo Occidente debería recoger del Nuevo Mundo iberoamericano muchas benéficas lecciones de lucidez y de sabiduría. Extraño al culto del dinero (...) y ampliamente abierto a la fraternidad, Iberoamérica propone al mundo un humanismo espiritual e integral, que llega en el momento justo, en nuestro universo desgarrado por el fanatismo y por la orgullosa avidez de un provecho ilimitado e injustamente distribuido" (p. 243).

Es muy simpático, además de lógico, comprobar cómo los investigadores europeos dependen de los estudios y, sobre todo, de las exhumaciones de fuentes realizadas por investigadores hispanoamericanos; esto ha incrementado una fraterna colaboración entre ellos en la cual ahora los europeos no dejan de darnos algunas lecciones a nosotros. Los frutos de esta colaboración están a la vista. Constituye un gran mérito de Guy haber comprendido que el pensamiento iberoamericano no ha comenzado con la Independencia, sino tres siglos antes. Por eso, la inclusión del período hispánico entraña un gran valor historiográfico y coloca la historia del pensamiento en su justa perspectiva.

Es menester reconocer —y agradecer— la actitud de espiritual generosidad de Alain Guy. También debe reconocerse — viniendo de un europeo— el hecho de haber comprendido a fondo que no puede existir una historia integral de la

² En el caso de la Argentina, es menester citar: Guillermo Furlong, *Nacimiento y desarrollo de la filosofía en el Río de la Plata*, 1536-1810, 758 pp., Kraft, Bs. As., 1952; Diego F. Pró, además de sus grandes obras sobre filósofos como Rougé y Alberini, todas sus valiosas contribuciones generalmente dadas a conocer en el anuario *Cuyo* (Mendoza); Arturo Andrés Roig, *Los krausistas argentinos*, 510 pp., Cajica, Puebla (México), 1969 y *El espiritualismo argentino entre 1850 y 1900*, 137 pp. + Antología de textos hasta p. 590, ibidem, 1972; pidiendo perdón por la inmodestia, mi propia obra, *La filosofía en la Argentina actual*, 373 pp., Ed. Sudamericana, Bs. As., 1971. Estas obras han ofrecido, encuadrado, frecuentemente rectificado tanto perspectivas como datos necesarios para una historia de la filosofía en la Argentina; semejante tarea tiene, como siempre, sus luces y sus sombras. A veces encontramos en escritos de terceros datos y referencias que sólo pueden provenir de aquellas obras, sin que las mismas sean citadas como corresponde según la más elemental honradez científica. La experiencia me ha enseñado a no protestar y a guardar silencio. Otras veces se puede comprobar la limpiada continuidad de la investigación en otros investigadores de América y Europa, ejemplos de seriedad y probidad; para poner un solo ejemplo —además del propio Guy— he ahí la obra de Sergio Sarti, en cuyas 738 páginas, cada contribución, cada dato, por pequeño que sea, lleva la cita exacta y rigurosa. Pero, sea como fuere, el saldo de las luces y las sombras es, al cabo, muy positivo porque lo que es verdaderamente importante es que el pensamiento filosófico iberoamericano sea de veras conocido en todo el mundo.

cultura occidental (y de la filosofía) sin Iberoamérica; su obra (y no sólo este libro sino toda su obra de hispanista) es una contribución de mucho peso para una equilibrada objetividad histórica respecto de Hispanoamérica en el mundo. Esta presencia de Iberoamérica es lo justo. Lo normal.

Destaquemos, pues, lo esencial: El libro de Alain Guy, sobre todo para la Europa geográfica, constituye una contribución de relevante importancia histórica.

ALBERTO CATURELLI
CONICET
Universidad de Córdoba

CAPITALISMO, SOCIALIDAD Y PARTICIPACION

La obra de A. Fanfani¹ desarrolla tres conceptos fundamentales, a saber: el espíritu capitalista y su apogeo, la crisis del capitalismo y sus causas, y el planteo de la necesidad de descubrir sistemas u ordenamientos sociales alternativos, donde puedan conciliarse el espíritu individualista y el espíritu de socialidad. Según el autor habrá que instrumentar sistemas que eliminen los daños ocasionados por el capitalismo en virtud de su exasperado individualismo, pero que a la vez no repudien aquellas instituciones sociales que la humanidad ha descubierto en la edad capitalista.

Cabe destacar que cuando el autor habla de sistema capitalista, lo hace refiriéndose expresamente al capitalismo que se afirmó progresivamente desde el siglo XVIII al XX en los países más avanzados de Occidente; sistema que se caracterizó por exaltar el espíritu de iniciativa privada, la innovación técnica, el máximo rendimiento, y que se justificó éticamente en una concepción individualista de la sociedad.

Reconoce el autor, que este sistema capitalista embebido del espíritu ilberal condujo prontamente a la inestabilidad económica y social: desequilibrios permanentes entre producción y consumo, aparición de clases antagónicas, asalariados y capitalistas. Esta inestabilidad se acentuó hacia fines del siglo pasado y la crisis del sistema se desató a comienzos de este siglo; consecuentemente el Estado tuvo que intervenir para moderar los conflictos sociales.

Apunta el autor, que luego de la segunda guerra mundial se han observado distintas orientaciones a efectos de atenuar el individualismo que caracterizó al sistema y asegurar así el debido respeto a la socialidad humana: *reformas democráticas* pretendieron atenuar el individualismo a través de la formación de comunidades económicas (ej. Comunidad Económica Europea), *reformas autoritarias* creyeron que el partido o sindicato podrían garantizar la armonización de intereses, pero anularon libertades, por último, el *colectivismo marxista* sustituyó al sistema.

Ninguna de las tres orientaciones, dice el autor, ha dado resultados. Pero por otra parte observa que:

"...por otro camino hasta ahora se han conseguido mejores resultados en un país capitalista del extremo oriente. Todos los que observan la vida económica del Japón comprueban que en ella es menos áspero el impulso individualista del empresario promotor y la espera de socialidad del empresario cola-

¹ A. FANFANI, *Capitalismo, Socialidad y Participación*, Ed. Diana, México 1976, 223 pp.